EL HOMBRE QUE NO ERA

Beatriz Alcázar López

EL HOMBRE QUE NO ERA

BEATRIZ ALCAZAR LOPEZ

avant
editorial

Primera edición, enero de 2025
© Beatriz Alcázar López, 2025

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 979-13-87532-42-0
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-1156-2025

Este libro está dedicado a mi hija Tonisa y a mi nieta Beatriz, que son la razón de mi vida.

A mi sobrina Ángela, que la adoro y la admiro, y por el prólogo que ha escrito para mi libro, después de leerlo y haberme ayudado a escribirlo. Sé que todo lo hace desde el cariño que nos tenemos.

A Paco M. Salcedo por su ayuda, como siempre. Por su risa, su compañía y porque siempre que lo llamo está dispuesto para lo que yo necesite.

A Marcos Sicilia Alcázar por su ayuda y su entusiasmo por todo lo que hago.

A mis hermanos, que los quiero los respeto y los admiro, y por su ayuda y protección desde que nací.

Así como a todas las personas que ya no están pero las sigo queriendo y me inspiro en ellas para todo lo que hago.

PRÓLOGO

Bienvenidos a otro pequeño mundo que se escondía en la mente de Beatriz.

Un reparto de sentimientos, que siempre comienzan con un folio en blanco y terminan con cientos de ellos, llenos de sabiduría y color, en los que solo ella es capaz de transmitir todo el interior que sus personajes nos regalan, dejándonos esa nostalgia al final que nos pide que termine pronto el siguiente, que nos permita volver a arrullarnos en sus historias.

En este libro, Beatriz nos deja liberar nuestra mente hasta un mundo en el que las vivencias andadas nos llevan a hilar nuestra vida por caminos que, en nuestros cimientos, nunca hubiéramos imaginado. Siempre creemos que lo

tenemos todo atado, pero Beatriz se encarga de recordarnos que, aunque tú tengas pintado el cuento más bonito imaginado, en unos segundos todo hace que la historia sea otra.

Nos deja asomarnos al mundo en el que Damián lucha por comenzar a aprender a vivir con los destrozos que las circunstancias han hecho en su pasado.

Vas a poder viajar por la lucha continua por la que navega Damián, viviendo con el duro camino que se encuentra y que solo su fuerza, honestidad y tesón le permite seguir.

Te verás involucrado en momentos de lágrimas, de miedos…

Vas a descubrir la unión de la familia y todo lo que se puede hacer para protegerla, aunque a veces las consecuencias no sean las esperadas.

Te hará aceptar que la vida es una fuerza con la que tendremos que luchar, tanto para reír como para llorar.

Otra vez he temblado al acompañar a Beatriz en esta manera suya tan real de llevarnos al interior de los sentimientos y he necesitado seguir leyendo más y más hasta la culminación del final.

Ángela López Alcázar.

EL HOMBRE QUE NO ERA

El hombre iba sentado en el asiento de un tren de cercanías. Tenía apariencia de buena persona, sus rasgos eran de un mentón cuadrado, cejas muy pobladas y ojos casi escondidos en un gesto de tristeza y amargura, pálido y con unas ojeras muy marcadas. La piel de su rostro era lisa, aunque un poco ajada, propia del poco cuidado que recibía y de los años que seguro serían sobre los cuarenta cinco, a cincuenta. Llevaba un traje negro algo descolgado, que se veía que en su tiempo había sido de buena calidad, pero ahora estaba un tanto viejo y arrugado; una camisa blanca y corbata de rayas en

colores que ya ni se sabía cuáles eran. Al igual que la chaqueta, lucían ajados, como con falta de cuidados. El nudo de la corbata estaba mal hecho, flojo y descolgado.

Solo portaba una bolsa de plástico y los bolsillos de la chaqueta se le veían llenos de cosas y por tanto descolgados y abultados por el peso. Antes de llegar al final del trayecto, se bajó en un apeadero que hacía el tren, pero que no había nada: se encontraba en medio de un paraje agreste. La oscuridad se aproximaba, ya que el sol se había ocultado tras las montañas, secas ya que la lluvia en aquella zona venía muy de tarde en tarde.

El hombre se quedó quieto, mirando hacia todos lados. Vio una bandada de pájaros. No sabía muy bien si serían estorninos, pero formaban una bonita estampa en el cielo tan azul, haciendo preciosos dibujos con sus vuelos. ¡Ay, quién fuera como ellos! ¡Con aquella libertad con la que recorrían por el aire volando por donde querían, sin importarles nada que no fuera esa misma libertad!

Mirando en su entorno no reconoció nada. ¿Se habría equivocado de zona? Al bajarse del tren sintió un calor sofocante, se quitó la chaqueta quedando en mangas de una camisa de un blanco amarillento, los puños y el cuello estropeados, lo que le daba un aspecto de estar igual que él: ajado por el tiempo y quién sabe qué otras torturas le habría presentado la vida para que su aspecto fuera tan precario.

Siguió mirando en su entorno y no se ubicaba, pero no tenía prisa ya que nadie le esperaba. Ni él mismo sabía bien a donde quería llegar. Después de salir de la cárcel, anduvo errante durante algún tiempo, sin saber qué hacer. Se encontraba desvinculado de todo, con solo unas monedas en el bolsillo, sin nada que le hiciera ilusión y le estimulara a seguir viviendo. Lo único que tenía era una pequeña esperanza de que, en algún sitio del mundo, estaría su hijo, aquel hijo que tuvieron su mujer y él, que tanta ilusión tenían. Isabel y él, que estaban tan enamorados, disfrutando de aquel hijo que les había nacido, fruto de su amor y su pasión, de la cual solo

saborearon apenas tres años. Después ocurrió el fatal acontecimiento y todo se fue al traste. Allí dio comienzo la tortura de Damián.

También podría encontrar a su madre, pero sabe Dios en qué condiciones estaría, si es que aún seguía con vida. Habían pasado tantos años… No estaba seguro de cuántos, pero sí tenía claro que fueron más de veinte, y en todo ese tiempo no tuvo contacto con nadie. La familia había quedado destruida. Solo su hermano fue a verlo una vez, ya que sus padres no podían viajar, aunque eran los únicos que sí querían verlo.

Únicamente su madre y él sabían la verdad y jamás dirían nada, todo se quedaría como estaba. Si no podía vivir allí se iría a otro sitio donde nadie le conociera. Quizá incluso su hijo no querría saber de él.

Allí, sentado en el suelo, se quitó también la camisa. Hacía un calor sofocante. Pensaba que iba a pasar allí la noche, estaba seguro de que se había equivocado al bajarse del tren en aquel apeadero. Quizá al final del trayecto habría algún pueblo que sería más acogedor que esto, que era

solo campo y no había donde guarecerse. Estaría atento por si pasaba otro tren para cogerlo con el propósito de llegar al final del trayecto. Allí tendría más oportunidades.

El poco dinero que llevaba era de lo que le dieron cuando prestaba servicios en la cárcel, y algo que le regalaron los carceleros cuando terminó la carrera de matemáticas que poco a poco consiguió estudiar en sus años de encierro, ya que así se distraía y pasaba mejor el tiempo, y además de algo le serviría. Por lo pronto ayudaba allí y algo le recompensaron, que ahora le servía de mucho. Su hermano también le dejó una pequeña cantidad. Sumándolo todo, por ahora tenía suficiente para comer algún día más.

Quizá había pasado una hora cuando a lo lejos vislumbró una luz que a él le pareció que sería el ojo que los trenes llevan en su frente. A toda velocidad recogió las prendas que se había quitado para defenderse del calor, colocándolas otra vez tal cual las llevaba antes, cogió la corbata y, plegándola, la dejó en el bolsillo de la chaqueta.

Muy pronto paró el tren y subió rápidamente ya que él sabía que en esos apeaderos el tren paraba solo unos segundos, y él no quería perderlo bajo ningún concepto, pues se jugaba el dormir a la intemperie y sin saber dónde estaba. Más animado, pasó aquel tramo de camino. Creía que ahora sí estaba haciendo lo más oportuno.

Cuando bajó del tren miró a su alrededor y no reconoció el entorno, ya que en tanto tiempo todo había cambiado notablemente, pero el sabía que aquel era su pueblo, éste estaba rodeado por la parte sur de unas playas maravillosas, limpias azules y muy soleadas, donde las gentes de diversos lugares acudían a veranear. Por la parte norte, aparecían altas montañas, campos y llanos, donde Damián había aprendido a vivir, allí también fue feliz y había aprendido a conocer y amar aquel paraje agreste. Al otro lado de las montañas a varios kilómetros se encontraba su casa, donde él creció y que ahora estaría su madre.

Como ya era tarde, lo primero que hizo fue buscar un sitio donde pasar la noche. No hacía frío, sino todo lo contrario, pero pensando que quizá en la madrugada refrescaría, buscó un lugar donde estuviera cubierto. Anduvo un rato por el pueblo y encontró un edificio en construcción. Pensó que aquel lugar sería bueno. Después se fue buscando un bar donde poder comer algo, pidió un bocadillo y una botella de agua, lo pagó y se dirigió al edificio en construcción que había visto antes. Allí se instaló y decidió pasar la noche, ya mañana vería lo que hacía: buscaría la casa de su madre y buscaría también a su hermano, que quizá le echaría una mano ya que ellos siempre se habían llevado muy bien.

Su hermano era mucho menor que él. Nació cuando su madre estaba viuda, pues su padre murió muy joven, quedando solos su madre y él, Damián, muy pequeñito. Su hermano era hijo de un pastor que siempre andaba por allí ayudando a su madre. Este era una buena persona, un amigo muy familiar que vivía por allí, no se sabía dónde. En muchas ocasiones, cuando

él era un niño, le ayudaba en sus deberes escolares. Aunque Damián no fue nunca a la escuela sí recibió educación, pues un día a la semana pasaba por allí un maestro que se esmeraba en dar clases a los niños que, por lejanía, no podían asistir al colegio. Luego el pastor le ayudaba en los deberes que el maestro le dejaba para que estuvieran hechos a la próxima semana. Así es como Damián aprendió a dominar los números, a leer y escribir; y esto le sirvió para, cuando cumplió veintitrés años, optar por una plaza de guardia forestal, cosa que si bien en un principio fue una alegría, más tarde se convirtió en el mayor quebranto de su vida.

Pero ahora no quería pensar en eso. Acababa de salir de la cárcel y tenía que dedicarse por completo a resolver su vida de la mejor forma que le fuera posible.

Allí, en aquella obra a medio construir, pasó la noche. Antes de ver el amanecer, se incorporó y recogió sus cosas sin dejar rastro de su estancia. Metió la mano en su bolsillo y comprobó las monedas que le quedaban: vio con tristeza que

solo tenía para algunos días. Desayunaría aquella mañana y después ya vería.

Salió a la calle con el propósito de hacer algo durante el día, no sabía qué, pero algo tenía que encontrar, algún trabajo, de lo que fuese; pero no quería pedir limosna, le daba vergüenza.

Anduvo por allí mirándolo todo y, si bien conocía aquel pueblo costero ya que se podía decir que era, más o menos, su pueblo, aunque él estuviera siempre entre montañas; había pasado tanto tiempo que ya todo le resultaba desconocido, incluso las propias gentes, al igual que a él tampoco lo reconocía nadie, ni lo recordaban. Le parecía que hasta la forma de vestir había cambiado, sobre todo en el caso de las mujeres. Entendía que la moda había avanzado y de ahí el cambio de ellas: vestían de un modo más desenfadado y con un estilo diferente. Aquellas faldas cortas y aquellas mujeres con pantalones a él le eran extrañas, pero no le importaba lo más mínimo. Ahora no quería saber de mujeres ni de nada que no fuese su propio problema, que tenía que resolver él solo, sin ayuda de nadie.

Desayunó, a pesar de que no tenía muchas ganas, y además no quería deshacerse de las monedas que le quedaban en el bolsillo hasta que no tuviera otras, cosa que no sabía cuándo ocurriría.

Quería ir a las sierras donde él vivió y buscar a su madre, si es que aún estaba viva. Posiblemente allí la encontraría y tendría casa y comida, pero no quería presentarse con aquel aspecto tan denigrante. Prefería esperar un poco y recomponerse en la medida que le fuese posible, por eso quería encontrar algún trabajo, comer y comprarse algo de ropa.

Con estas intenciones salió a la calle y, dando una vuelta por el pueblo, pensó diferentes opciones, entre ellas la posibilidad de pedir trabajo en la obra donde había pasado la noche, pero temía que, con su edad y la falta de costumbre, tras tantos años en la cárcel sin hacer mucho ejercicio, no pudiese realizar un trabajo tan duro, y lo que no quería era fracasar.

Siguió paseando por las calles. Se le ocurrió probar de camarero en algún restaurante. Entró al primero que encontró y el dueño lo miró de

arriba abajo, reflexionando sobre su desaliño. A Damián le dolió aquella mirada que tanto lo juzgaba.

—No, señor, aquí tengo la plantilla al completo. Además, este establecimiento se caracteriza por la juventud y el dinamismo, por lo tanto creo que este no es el lugar más idóneo para usted. Le aconsejo que vaya por los chiringuitos o las tabernas de las afueras. Quizá allí encontrará algo.

—Gracias, señor, así lo haré.

Salió otra vez a la calle con cierta tristeza añadida a la que ya tenía de antemano. Caminó durante algún tiempo pensando en lo que le había dicho el señor del restaurante. «Quizá tenga razón y en las afueras podría encontrar algo…». Pensando esto salió del pueblo. Ya a las afueras encontró un hotel y sin dudarlo entró. Se frotó la cara y se pasó las manos por el pelo, alisándolo todo lo que le fue posible para tener un mejor aspecto, algo consiguió a medias.

En la entrada vio un señor joven uniformado que sería el guardia de seguridad, que custodiaba la puerta.

—Señor, ¿qué quiere usted? —. El señor uniformado supuso que quería algo de dinero.

—Señor, quiero ver la posibilidad de algún trabajo. Acabo de llegar a este pueblo y no conozco a nadie. Me hace falta trabajar para comer, vengo de lejos y no conozco a nadie.

El señor uniformado lo miró y entendió que parecía un buen hombre, con mucha necesidad de ayuda.

—Espere un momento, buscaré al encargado, que será quien le pueda decir algo.

Damián quedó mirando la fachada y dedujo que era un hotel de cierto lujo, a juzgar por sus puertas acristaladas y automáticas así como los grandes letreros dorados y el fastuoso alumbrado que, al ser de día, estaba todo apagado, pero se adivinaba que en la noche sería espectacular: todos los focos se veían grandes y bien colocados, y el hotel estaba rodeado de árboles y por